

Filosofar en la educación infantil

Irene de Puig

Filosofía e infancia, lejos de ser dos universos contrapuestos, son dos conceptos que van juntos y que prometen una relación feliz. Tanto los niños como los filósofos miran la realidad con ojos limpios, sin prejuicios, buscando causas y haciéndose preguntas. ¿Quién puede superar el afán de saber que tienen los niños, con su insistente «por qué»? Podemos ayudarles a alimentar esta curiosidad dándoles herramientas para comprender mejor el mundo en el que se están acomodando.

Para los niños, el mundo –y todo lo que hay en él– es algo nuevo, algo que provoca su asombro. La mayor parte de los adultos ve el mundo como algo muy normal.

Precisamente en este punto los filósofos constituyen una notable excepción. Un filósofo nunca acaba de habituarse del todo al mundo. Para él, o ella, el mundo sigue siendo algo absurdo, incluso algo desconcertante y enigmático. Por lo tanto, los niños y los filósofos tienen en común una facultad básica. Se podría decir que un filósofo sigue siendo tan sensible como un niño durante toda la vida.

(J. Gaarder, El mundo de Sofía)

A algunos lectores hablar de filosofía e infancia les resultará nuevo o al menos chocante. La filosofía siempre ha sido considerada una cosa «de los mayores», de personas que pensaban mucho y decían cosas importantes.

Sin embargo, si bien se mira, veremos que los niños y los filósofos tienen muchas cosas en común, sobre todo si hablamos de niños menores de seis años. El niño se mueve en un mundo nuevo y tiene que experimentar todas las novedades que aparecen ante él, acomodarse y comprender por qué y cómo pasan las cosas. Tiene que ir con los ojos y los oídos abiertos para captar el significado de lo que sucede a su alrededor. Los filósofos, los filósofos genuinos, son como niños que han tenido que hacer el esfuerzo de desaprender para poder ver lo que tienen delante sin prejuicios y sin todos los impedimentos que su educación les ha aportado. Tienen que mirar de cerca para poder ir más lejos, para poder convertirse en una linterna o un pequeño faro que ayude a comprender mejor los acontecimientos, tanto los personales y los naturales como los colectivos. Los filósofos y los niños tienen muchas cosas en común: parten de un mundo que quieren comprender, y son entusiastas y vitales para situarse en el lugar que les corresponde.

Hacer filosofía con niños y niñas no es ponerlos en una situación extraña y artificial; no es algo forzado, sino que es natural. A ellos les inquietan y les preocupan temas de gran calado filosófico, como la muerte, el tiempo, los miedos, qué es bueno y qué es malo y por qué, la verdad, las apariencias..., y son muy sen-

sibles a aspectos relacionados con la justicia, que sienten en la propia piel, o con la belleza, cuando dibujan o combinan colores y van aprendiendo a componer.

Sobre la conveniencia de filosofar

Sobre la conveniencia o no de filosofar con niños o jóvenes ha habido grandes discrepancias. Tanto filósofos y pedagogos como psicólogos han dicho la suya. Sin ánimo de ser exhaustivos, señalaremos algunas opiniones ilustres que han tenido cierta trascendencia a la hora de acercar la filosofía a los niños o alejarla de ellos.

La *Carta a Meneceo* de Epicuro empieza así: «Cuando se es joven, no hay que vacilar en filosofar, y cuando se es viejo, no hay que cansarse de filosofar. Porque nadie es demasiado joven o demasiado viejo para cuidar su alma.»

Michel de Montaigne, en el libro segundo de sus *Ensayos*, donde habla de educación, se posiciona así: «Es un gran error presentar como inaccesibles las verdades de la filosofía a los niños, porque se consideran difíciles y obtusas...» Y más adelante sentencia: «Dado que la filosofía nos instruye en la práctica de la vida y la infancia es tan apta como las demás edades para recibir sus lecciones, ¿qué razón hay para que dejemos de suministrarla?» (Montaigne, 2007).

Jaspers, en su *Introducción a la filosofía*, nos muestra la relación entre filosofía e infancia. En el primer capítulo dice: «Un signo maravilloso de que el hombre como tal originariamente filosofa son las preguntas de los niños. No pocas veces se escucha, en boca de un niño, algo que por su sentido apunta directamente a la profundidad del filosofar», y pone unos cuantos ejemplos. Más adelante apunta: «Los niños poseen muchas veces una genialidad que se pierde al

crecer. Es como si entráramos, con los años, en la presión de lo convenido y de lo opinable, de lo encubierto y de lo no cuestionable, con lo cual perdemos la ingenuidad del niño. El niño se encuentra todavía en una situación en la que la vida brota; siente, ve y pide todo aquello que de repente desaparece.» (Jaspers, 1993).

Garreth Matthews, en *El niño y la filosofía*, después de dar una serie de ejemplos, termina afirmando que «el pensamiento filosófico (a veces incluso el razonamiento útil e ingenioso) es tan natural como tocar música o jugar y forma parte de igual modo del ser humano». (Matthews, 1986).

Michel Onfray, escritor y filósofo francés, fundador de la Universidad Popular de Caen, también habla de la naturaleza filosófica de los niños y cree que este potencial filosófico no se ha explorado¹. Más contundente aún, el conocido filósofo y divulgador también francés André Comte Sponville dice: «Si los niños hacen matemáticas, física, solfeo, ¿por qué se les debe privar de la filosofía?» (Comte Sponville, 2000). Esto por citar sólo a dos contemporáneos del país vecino.

Evidentemente, también hay voces que niegan esta posibilidad alegando la profunda ignorancia de los niños para tratar «en serio» temas que requieren de una armadura conceptual que sólo se adquiere pasada la adolescencia.

Algunos clásicos, como Platón y Descartes, creen incluso que hay contradicción entre la infancia –época de juegos, de inocencia, de espontaneidad– y la filosofía, que es una disciplina abstracta, seria, de mucha dificultad conceptual, compleja y que exige niveles de comprensión que no están al alcance de los niños y a duras penas de los jóvenes.

La relación entre niños y filósofos se da especialmente en el terreno de la construcción de

significado y está unida a la adquisición de conceptos y a la capacidad de hacer frases o juicios que expliquen el mundo que los rodea y que les permitan comunicar sus perplejidades, sus creencias y sentimientos. En este sentido, los niños deben crear fórmulas lingüísticas para expresar cosas que se dicen por primera vez, que nunca habían exteriorizado. Claro que las copian de los modelos de vocabulario (lingüísticos y gramaticales) que tienen, que les ofrece su entorno, pero tienen que elegir, hacerse entender, decidir qué términos usar y en qué orden para poder ser entendidos, para poderse comunicar de verdad.

Muchas veces esta dificultad para distinguir y tantear el lenguaje nos hace reír porque no recoge la ambigüedad ni juega con ella, ni con el doble sentido. Como cuando un niño preguntaba: «Cuando se va la luz, ¿dónde va?».

Veamos qué pasaba a nivel de razonamiento en una escuela del Maresme (Barcelona):

En una clase de P4 estábamos observando una reproducción del cuadro de Picasso *Niña con barco*, de 1938, que tiene como subtítulo *Maya con barco de juguete*. Después de una discusión sobre si era una niña o un niño porque tenía el pelo largo y llevaba coletas, uno de los niños dice, convencido:

-Es muy rara.

Y otro contesta:

-Tal vez sea italiana.

Y salta Marc:

-No, porque mi tío Alex tiene una novia italiana y es como *mi*.

Sigue un rato la discusión sobre la rareza del rostro y la maestra da la palabra a un niño que hacía rato que tenía la mano levantada, que dice:

-Pues si no es italiana porque la novia del tío de Marc es como nosotros, tal vez la niña del cuadro es francesa.

Entre los niños y los filósofos hay muchas cosas en común:

- La perplejidad y la admiración son patrimonio de los niños y también de los filósofos. Aristóteles dice que la filosofía nace con la perplejidad (*Metafísica*, 982b17-18).
- Hay en los niños una necesidad filosófica primaria, ya que muchas de sus preguntas son sobre el sentido de las cosas. Cuando un niño pregunta el porqué de la muerte, no está pidiendo todas las causas posibles de defunción, sino qué significa morir.
- Además de la admiración y la curiosidad, hay otras características que comparten filósofos y niños. Como dice Hösler (1999): «No hay ningún filósofo que pueda prescindir, sin sufrir las consecuencias de ello, de las características que hemos atribuido a la infancia: la alegría del juego, la fantasía y la ingenuidad.»

La facultad de pensar, de reflexionar, de preguntarse por cuestiones más allá de la cotidianidad (la vida y la muerte, la justicia, la belleza, la identidad, etc.) son constantes que todos los que tenemos contacto con la infancia conocemos. Sin embargo, hay que tener el oído fino para captar lo que hay de «filosófico» en algunas conversaciones:

A pesar de la inconexión y la incoherencia de las afirmaciones espontáneas de los niños relativas a fenómenos de la naturaleza, de la mente y del origen de las cosas, podemos encontrar en ellas tendencias constantes que reaparecen en cada nuevo esfuerzo de reflexión. Estas tendencias son las que llamaremos filosofía de los niños. (Matthews, 1983)

Lo que claramente tienen en común los niños y los filósofos y ya nadie discute es la curiosidad,

las ganas de saber, la facilidad para plantearse el mundo como enigmas por resolver, como misterios por desvelar. Un niño se deja impregnar de sensaciones, de vivencias, pero no puede clasificarlas ni organizarlas si no tiene un utillaje mínimo para darles la forma necesaria para poder exteriorizar y compartir esa experiencia.

¿Qué aporta a los niños y niñas hacer filosofía en el parvulario?

Según Lipman, hacer filosofía en el parvulario favorece a los niños y niñas en varios aspectos:

- Les permite entrenarse en un pensamiento que desvela su capacidad de juzgar, de dar opiniones y de valorarlas.
- Les pone a pensar conjuntamente, les hace sensibles al pensamiento de los demás.
- Da sentido a la curiosidad natural que sienten por el mundo y por el entorno y les ayuda a mantener una actitud de descubrimiento constante.
- Les permite tratar cuestiones no curriculares que a ellos les preocupan: las apariencias, la muerte, la verdad y la mentira, la extrañeza, los secretos, el cambio, etc.
- Les permite ordenar las ideas a través de la práctica de las habilidades de pensamiento, que son como estuches que ayudan a clarificar y a reordenar las informaciones que van llegando.
- La filosofía, por el hecho de ser una reflexión sobre las demás disciplinas, enriquece y ayuda a dar sentido a la experiencia.

Una de las reticencias que a veces encontramos a la hora de presentar un programa de filosofía en la educación infantil es la dificultad lingüís-

tica que tienen los niños, unos por ser pequeños y otros porque provienen de otros países y tienen otra lengua materna. Desde el proyecto Filosofía 3/18, avalados por numerosos estudios, sabemos que no hay primero una lengua y después un pensamiento, sino que se desarrollan simultáneamente. Hacer filosofía con los más pequeños nos ha permitido darnos cuenta de que, cuando un niño quiere expresar una idea, busca las palabras que sea para poder decir lo que piensa. Su pensamiento mejorará trabajando la lengua y su lenguaje puede mejorar y afianzarse trabajando el pensamiento. El trabajo oral y la escucha de los demás facilita el aprendizaje que Vigotsky llamaba «zona de desarrollo próximo».

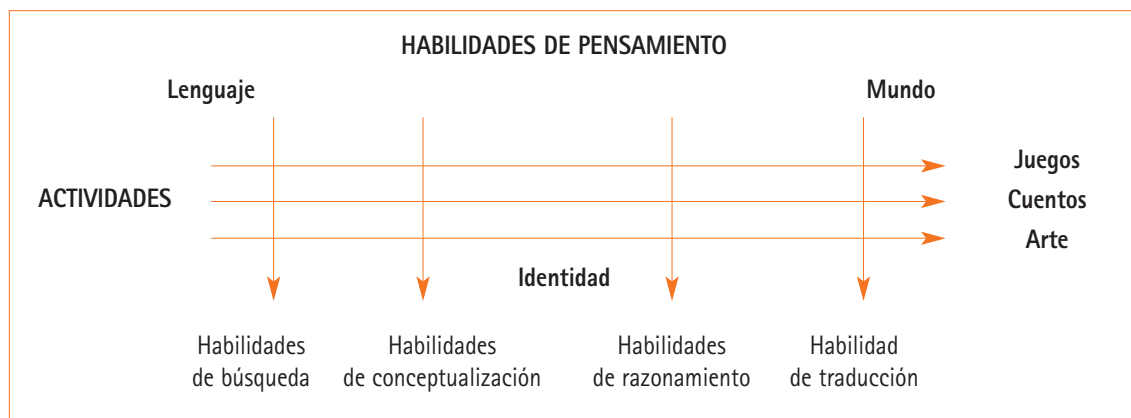
Una propuesta para hacer filosofía en el parvulario

La primera propuesta seria y sistemática de hacer filosofía con niños nace el último tercio del siglo xx de la mano de Matthew Lipman². Y de las distintas prácticas que hay en el mundo, todavía es la dominante y la más consistente.

Y en Cataluña, siguiendo las directrices del material de primaria, desde GrupIREF³ hemos propuesto un material específico para la educación infantil⁴. Se trata de un programa: *Jugar a pensar*, formado por un libro de cuentos ilustrados pensado para que los niños lo hojeen: *Jugar a pensar... con cuentos*, y un manual guía para el educador: *Jugar a pensar*.

La estructura del programa tiene, como se indica en el esquema de la figura 1, una parte de apoyo que son las habilidades de pensamiento básicas, y estas habilidades se entrenan y se practican a través de un amplio repertorio

Figura 1



de juegos, de cuentos y de propuestas del mundo del arte (pintura, poesía y música).

No se trata de aumentar la carga de las programaciones de infantil; al contrario: es un programa que refuerza, consolida y enriquece lo que ya se hace en el parvulario.

En definitiva, se incide en el parvulario en algo que ya es propio de esta etapa: trabajar los hábitos. Y también en actitudes como aprender a escuchar, esperar el turno de palabra, tener paciencia, ordenar las ideas antes de hablar, etc.

Lo que ofrecemos en esta revista es lo que nos cuentan en los artículos siguientes algunas de las maestras que están en el aula. Hemos elegido tres experiencias que hacen referencia a actividades diversas. Una primera considera una actividad lúdica: «¿Qué esconden nuestros dedos?»; la segunda parte de un cuento o historia: «Saci Pererê llega al aula de cinco años», y la tercera parte de la exploración de un cuadro: «Jugar a pensar con el arte». Seguro que si leéis atentamente estas experiencias también veréis la relación entre infancia y filosofía y comprenderéis la necesidad, si no la urgencia, de incorporar momentos que inciten a la reflexión en las aulas «cuanto antes mejor»

Para saber más: www.grupiref.org

HEMOS HABLADO DE:

- Didáctica de la filosofía.
- Filosofía en la escuela.

Notas

1. www.crdp.ac-caen.fr/sites/ColloquePhilo/actes/michel%20onfray.pdf
2. Lipman es el creador del movimiento *Philosophy for Children* (P4C), que hoy en día está implantado con diversas modalidades en más de treinta países.
3. GrupIREF es una asociación que se ocupa de desarrollar y divulgar el proyecto Filosofía 3/18, haciendo formación para el profesorado y creando nuevos materiales.
4. Este material está traducido al castellano por Editorial Octaedro y forma parte del Proyecto Noria, un proyecto de filosofía y creatividad en castellano. (www.proyectoria.creamundos.net). Los dos libros que forman parte del programa también han sido traducidos al italiano por Edizione Junior.

Referencias bibliográficas

- COMPTE SPONVILE, A. (2000): *Pensée sur la sagesse*. París. A. Michel.
- JASPERS, L. (1993): *Introducció a la filosofia*. Barcelona. Edicions 62.
- HÖSLE, V. (1999): *El cafè dels filòsofs morts*. Barcelona. Barcanova.
- MATTHEWS, G. (1986): *El niño y la filosofía*. México. FCE.
- MONTAIGNE, M. de (2007): *Assaigs. Llibre segon*. Barcelona. Proa

Irene de Puig
Directora de GrupIREF
grupiref@grupiref.org